

DESARRAIGO Y AUTOCTONIA

Notas en torno a dos films africanos



"CONCERTO POUR UN EXIL", DE DESIRE ECARE.

El cine africano empieza apenas a existir. Más exactamente, el cine del África Negra, ya que países como la RAU tienen una abundante producción que surte al resto de las naciones del bloque árabe. En general, hasta hace muy pocos años, incluido incluso el proceso de descolonización, África servía únicamente de escenario a películas de aventuras, imbuidas por lo corriente de un espíritu racista más o menos confesado, con las que se abastecían los mercados internacionales hambrientos de «exotismo». Cuando, hace ya mucho, Alain Resnais y Chris Marker realizaron su «Les statues meurent aussi» sobre la degeneración del arte negro y su aniquilamiento a manos de los blancos, el film sufrió la prohibición de la censura francesa, que sólo recientemente lo ha liberado. Luego, en 1962, el Festival de Cannes fue escenario de una especie de apogeo del África Negra, presente en la pantalla a través de realizaciones de europeos que, llevados de la mejor voluntad, se volcaron sobre sus problemas sin poder evitar una cierta dosis de paternalismo. Pero sólo ahora empieza a poder hablarse de un auténtico cine africano, realizado por elementos autóctonos y concebido en función de las necesidades de un público que también lo es.

Un reciente viaje privado a París me ha permitido ponerme en contacto con dos muestras de esta naciente cinematografía, exhibidas una en los circuitos de Arte y Ensayo y la otra en el marco de la Quincena Cinematográfica que organiza la revista «Positif», si no quizá representativas si, en todo caso, enormemente significativas. Se trata de un film senegalés, «Le mandat», de Sembene Ousmane, y otro de la Costa del Marfil, «Concerto pour un exil», de Désiré Ecaré. Mientras en éste se habla de los africanos en París, enfrentados al espinoso problema de la vuelta al país natal, siempre deseada y siempre retardada por miedo a enfrentarse con unas realidades concretas y arduas, en aquél se presenta, en clave de sainete y en forma de parábola, la conexión que supone la llegada de un giro, procedente de Francia, a una pequeña comunidad senegalesa. El film, que al comienzo resulta quizá excesivamente folklorista, va avanzando en una línea de humor «muy mediterráneo» que recuerda las obras teatrales y las películas napolitanas de Eduardo de Filippo, para adquirir, hacia el final, un tono brechtiano, de apólogo que invita a la acción. Realizado en color, interpretado por actores senega-

leses —Makhorrédia Gueye, Youmouss Indiyaye, Isseu Niang—, tiene, en todo momento, un aire de autenticidad tal que acaba por olvidarse la primera impresión de exotismo. Su realizador, procedente del IDHEC —Instituto de Altos Estudios Cinematográficos franceses—, habla atacado en su primera obra, «La nuit de...», el problema del desarraigo, a través de la historia de una sirvienta senegalesa colocada en casa de un rico matrimonio residente en Niza que acaba por suicidarse.

El desarraigo es, también, el tema central del film de Ecaré, un mediodía en blanco y negro realizado con muy pocos medios, pero lleno de inteligencia y en el que —y ésta es su virtud primordial, al margen de su absoluta sinceridad— se evitan todos los escollos de la autocompasión o la cólera complaciente gracias a un fabuloso y matizadísimo empleo del humor. Un grupo de marfileños, instalados en París desde hace años, dedicados a actividades marginales al tiempo que preocupados por las cuestiones sindicales que afectan a sus compatriotas, se plantean la cuestión del retorno. Un estudiante, que se ha decidido antes que ellos, vuelve decepcionado. Y el film termina con las imágenes de los componentes del grupo que abandonan la última habitación en que han vivido sin que el espectador sepa a ciencia cierta si lo hacen con destino a su país o si van simplemente a la busca de un nuevo alojamiento.

Muy diversos en su tono, en sus planteamientos, los dos films son, en su disparidad, altamente significativos. No puede decirse ni de uno ni de otro que marquen el camino por el cual ha de avanzar un cine africano aún por venir. Evidentemente, el momento es de transición, de tanteo, y las vías más adecuadas para la expansión de un cine del continente negro habrán de surgir de la praxis, de una praxis en la que es fundamental el desarrollo económico de los países que lo componen y la desaparición de un neocolonialismo de tipo económico que hace que hoy, al margen de la independencia política, la exhibición cinematográfica en África siga estando controlada por grandes firmas americanas y europeas, especialmente francesas. No obstante, «Concert pour un exil» y «Le mandat» son dos obras reveladoras de las contradicciones en que, en 1968, se debatían los africanos deseados de hacer un cine expresivo de unas realidades nacionales, de unos sentimientos específicos. Lo demás vendrá a su tiempo. ■ C. S. F.

John Birch: diez años

La John Birch Society ha celebrado sus diez años. Efectivamente, hace diez años un tal Robert Welch (Belmont, Massachusetts) abandonaba su familia y el trabajo para entregarse en cuerpo y alma a la lucha contra el comunismo. Montó un discurso de cuarenta y ocho horas, del que se extraerían luego doctrina y programa. Era el famoso libro azul de la John Birch Society, biblia de los extremistas americanos de derecha. Once hombres, no bien identificados, presidieron la fundación de la sociedad que actualmente comprende un «consejo» de veintisiete miembros, reservándose el derecho a las decisiones finales Robert Welch.

En su balance, la sociedad ha declarado los progresos conseguidos: cuenta con 100.000 miembros aproximadamente, repartidos en cuatro mil «capítulos», coordinados por un centenar de agentes asalariados; 450 librerías de «opinión», dedicadas a la literatura de extrema derecha; un programa semanal de radio que se titula «¿Nos escuchas, tío Sam?»; una editorial (libros y revistas) que renta al año unos cuatro millones de dólares; anualmente recibe cuatro o cinco millones de dólares en concepto de cuotas, que se invierten en nuevos capítulos; ha creado numerosos grupos de no miembros, cada uno de los cuales congrega a millares de simpatizantes, y que se titulan «Defended vuestra política local» o «Restaurad la independencia americana».

Ansiosa de influir en la juventud, la sociedad va a crear una John Birch University, donde se aprenderá a luchar «contra el gran complot comunista».

Freud consiguió muy rápidamente su pasaporte de las autoridades austriacas. De esta forma pudo abandonar Viena a tiempo. Actualmente se sabe que gracias a las gestiones de los americanos ante las autoridades austriacas, el padre del psicoanálisis pudo escapar de los nazis.

Trasplantes y sangre



El padre Boulogne y el doctor Blaiberg se han felicitado el Año Nuevo. El padre Boulogne aprovechó para felicitarle a Blaiberg con motivo del primer aniversario de su nuevo corazón. Desde el primero, realizado sobre Luis Washkansky, hace trece meses, se han intentado ciento dos trasplantes de corazón en todo el mundo. El último —del veintiséis de diciembre— se realizó sobre un bebé de ocho días. El niño no sobrevivió.

Muchos son los llamados, pero todavía pocos los elegidos entre los trasplantados; las esperanzas son enormes a condición de que... no falte la sangre.

Según la revista médica suiza «Medicine et Hygiène», un trasplante de corazón asciende actualmente a dos millones de pesetas largas. Según el nuevo presupuesto de Asistencia pública francés, la estancia de un día en un hospital con servicio especializado costará este año unas cinco mil trescientas pesetas. Las operaciones de trasplante exigen enormes cantidades de sangre. Este es hoy uno de los principales problemas: el de los donantes de sangre.

Los manuscritos de Freud



Los austriacos harían lo imposible por tener los manuscritos de Freud. Por iniciativa del canceller Joseph Klaus, Austria dedicará dos millones ochocientos mil pesetas a la transformación en museo de la antigua casa de Freud, pero Freud no murió en Viena ya que fue detenido por los nazis y tuvo que retirarse a Londres, donde actualmente viven su hija, Ana Freud, y su hijo. Los nazis quemaron los libros y las obras de su padre.

Ana Freud dirige una clínica psiquiátrica para niños en Hampstead, así como un grupo de investigadores financiado por los americanos. Posee un buen número de cartas y manuscritos de su padre, pero ha decidido no entregárselas a los austriacos. Considera que el sitio ideal para ellos es Estados Unidos. Los austriacos acaban de descubrir las razones de esta americanofilia: en mil novecientos treinta y ocho

"Médicos descalzos"

Mao Tse Tung acaba de revisar el concepto de médico. Distingue entre médicos modestos y grandes médicos y acusa a estos últimos de no ser capaces de curar eficazmente si no disponen de un verdadero arsenal así como de desinteresarse progresivamente de las enfermedades sencillas que, no obstante, son las habituales. Este tipo de médico está obsesionado por los tres «grandes»: convertirse un Gran médico en un Gran hospital en una Gran ciudad. Para remediar esta actitud, serán enviados al campo grandes cirujanos y especialistas; allí alternarán los trabajos del campo con el ejercicio de la medicina más simple y despojados de todos sus «gadgets occidentales». Por otra parte, se reclutarán «doctores descalzos», así llamados por proceder de familias campesinas, los cuales cursarán unos estudios de diez meses, suficientes para ejercer la medicina rural. Se les impondrá en setenta y cinco enfermedades habituales y en ciento sesenta de los trescientos sesenta y cinco puntos de aplicación de la acupuntura.